

Evidentemente, la cifra que indico no representa más que una aproximación, que los hechos, analíticamente considerados, rectificarían; significa en todo caso, bastante bien, el grado del esfuerzo que precisa realizar.

¿Es superior á nuestras posibilidades? No; sin duda. Si imagináramos una contribución especial, que recayera en proporción más fuerte sobre los acaudalados, y que fuera suficiente para darnos 60 millones de pesos por año, en promedio tocarían \$5.00 cts. á cada uno de los doce millones de habitantes del país, descontando los niños—más, evidentemente, á los ricos, menos á los desheredados— Y ¿por qué no se había de establecer una contribución especial, que en innumerables países existe, para que salváramos á nuestra raza, y á nuestro pueblo, de los temerosos problemas del futuro? ¿Por qué no se prevendría que cada hacendado, cada dueño de fábrica estableciera y sostuviera á los maestros que se necesitaran para los hijos de sus trabajadores, de sus obreros, mediante en todo caso una inspección oficial que garantizara la buena obra?

Son éstas sin duda solamente sugerencias; posibilidades; pero en todo caso demuestran que el problema no es insoluble; que los dos millones y más de niños, que en estos instantes son los candidatos de la miseria, del crimen, de la rebelión, ó de la desorganización social, pueden ser conducidos por los doce, por los diez, por ocho, aun cuando no fuera más que por dos, ó por menos aún de los millones restantes; pueden y deben ser conducidos á las escuelas, para que lleguen á ser hombres útiles y ciudadanos honrados.

Este es nuestro deber más imperioso; cualquiera otra medida que se tome por los gobernantes, ó que tomemos nosotros mismos, los ciudadanos de hoy, resolverá dificultades del momento é in-

fluirá sin duda un poco sobre el porvenir; pero ninguna puede influir tanto como las que sirvan para dar un valor material, intelectual y moral á nuestra raza, y para salvarla de la anarquía, de la degeneración ó de la conquista extranjera.

Recordémoslo siempre; recordemos lo que decía el genial educador Horacio Mann, hace ya dos tercios de siglo: que ninguna riqueza, ni mina de carbón, ni campo fértil, ni bien ajustada maquinaria, vale tanto como lo que vale un hombre; que no hay niño ninguno, por mísero que sea, que no pueda ser hecho un hombre, un hombre que valga; un hombre que sea una verdadera riqueza pública, por medio de la educación. Recordemos además, pensemos intensamente en que, para aquel admirable educador, á quien los Estados Unidos deben la orientación toda de sus enseñanzas,— y en gran parte su superioridad y su grandeza actuales—la educación que crea hombres, la que redime, la que ennoblece, la que eleva, no fué jamás una endeble y discutible instrucción rudimentaria, sino que, como él decía: «la palabra educación significa mucho más que la habilidad de leer, escribir y contar; significa ese noble vocablo, agregaba, tal adiestramiento del cuerpo que lo construya todo y lo eleve en robustez y vigor, protegiéndolo al mismo tiempo contra la enfermedad, y haciéndolo capaz de obrar sobre las frustráneas sustancias de la naturaleza, para transformarlas; para convertir una espesura salvaje, en campos cultivados; las selvas, en navíos; las rocas y el barro, en pueblos y ciudades.»

Hace más de un año, señores, he dicho, cuando tuve la honra de inaugurar solemnemente una escuela,—y me inspiraba también entonces en el pensamiento de Horacio Mann,—que «la educación es un despertamiento, un levantamiento, un erguimiento del hombre; que mientras no se educa está postrado en el polvo,